



**La
fabuladora**
Marisol Ortiz
de Zárate

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2018, Marisol Ortiz de Zárate
© 2018, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de la cubierta: David de las Heras
Diseño de la colección: Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2018
ISBN: 978-84-8343-549-6
Depósito legal: B-30034-2017
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Mi hermana tenía un extraño tatuaje detrás de la oreja que gustaba a los chicos tanto como ella nos desatendía a Telmo y a mí.

Mi hermana tenía varios nombres: Julia, Mamelai, Shirley (pronunciado Shhhirli), aunque solo uno era el verdadero.

Era una buena cuentista mi hermana, te lo aseguro, la mejor que he conocido. Aunque no pudo conseguir con sus historias que mi entrada en la Vida fuera por la puerta del Agrado, a pesar de que lo deseaba de corazón. Me llamo Daniel Federico (Federico de apellido) y no soy escritor, pero no voy a callarme nada porque nada de lo que pasó aquel verano merece ser olvidado.

Viento y ausencias

Siempre hacía viento. De poniente, fresco y transparente, o de levante, sobre todo de levante. El viento pesado de levante venía cargado de arena, de moscas, y volcaba una y otra vez la maceta de verbena que no llegaba a florecer. Estábamos solos en la Casa del Alto, grande y destartalada como el idiota del pueblo. La Casa del Alto estaba sobre una colina y era o había sido blanca. Tenía dos pisos y una torre. Las tejas rojas del tejado estaban teñidas de liquen y en los huecos anidaban golondrinas. Así era por entonces nuestra casa. Muy abajo, junto a las barriadas blancas, se veía el mar. Solos los tres: mi hermana, mi hermano Telmo y yo. Telmo protestaba todo el rato porque el chupete se le manchaba de arena. La arena abundaba, se masticaba. Telmo ya no tenía edad de chupete, pero nadie, hasta la fecha, se había tomado la molestia de quitárselo.

Solos. Esperábamos a nuestro padre, que también se llamaba Daniel, y a nuestra madre, que se llamaba Cata-

lina. Mi hermana contaba que eran reporteros y que estaban muy lejos sacando fotos en cualquier país que hubiera guerra.

Pero antes de la ausencia de mis padres, en la Casa del Alto había tenido lugar otra ausencia, la de mi hermana, una ausencia que terminó justo cuando empezó la de ellos. Pues bien: yo no paraba de pensar en esa coincidencia.

—¿Cuándo van a volver? —le pregunté el primer día que noté que la ausencia de nuestros padres era tan larga como para recibir el nombre de ausencia.

Se lo pregunté en el porche. Telmo jugaba a los coches. Yo leía una de las novelas del Coyote que había encontrado en la torre, entre las cosas viejas de algún habitante anterior. Y ella fumaba sentada en las baldosas mirando la única maceta que adornaba tristemente la veranda.

—Cuando le broten flores a la verbena —dijo—, volverán. Y esa sería ya siempre su respuesta.

La familia Federico al completo nos habíamos instalado en la Casa del Alto unos meses antes de aquel verano en el que nada de lo que pasó merece ser olvidado. Llegamos casi con lo puesto. Veníamos del norte, eso era el sur. Mis padres intentaban superar una mala racha. Al principio, Daniel pasaba mucho tiempo en casa, hacía planes, iba a dar una capa de pintura a las paredes, pensaba poner un balancín en el porche, había encargado un enorme televisor. Parecía que podíamos volver a ser felices, olvidar el pasado, empezar una nueva vida. Catalina estaba radiante por tener a su marido tanto tiempo en casa, algo nada habitual, y comenzó a llenar la casa de bolitas brillantes y de

acebo de plástico para celebrar lo que llamaba «las mejores navidades de nuestra vida».

Y, de pronto, todo se torció de nuevo.

Daniel volvió a las andadas, a salir a todas horas, jugaba al póker, vestía como un señorito, gastaba más de lo que tenía y, para colmo, mi hermana faltaba al instituto y había empezado a fumar.

Otra mala racha.

No celebramos juntos la primera Navidad en la Casa del Alto; unos días antes de Nochebuena, mi hermana desapareció. Pasaría todo el invierno y toda la primavera siguiente antes de que regresara, y, cuando volvió, mis padres se marcharon y ella tenía el pelo al rape, un tatuaje y ya no era la misma.

Tinieblas (primera parte)

La historia de la Casa del Alto era desatinada y prodigiosa. Mamelai se sentaba en el suelo del porche a lo indio y nos hablaba con palabras sencillas para que Telmo entendiera.

Tengo que aclarar, para que nadie se líe, que Mamelai era como se hacía llamar mi hermana últimamente cuando contaba sus asombrosos relatos.

–¿Por qué? –pregunté la primera vez que me lo dijo.

Ella contestó que de ninguna otra forma podía llamarse una cuentista mercenaria. Me sonó raro lo de mercenaria, pero ahí quedó la cosa.

–Érase una vez... –comenzaba Mamelai.

La historia continuaba presentando a un hombre que tenía dos particularidades: una era la de llevar siempre un sombrero panamá blanco con una cinta negra sobre la cabeza, y la otra, mucho más extraña, se refería a su sombra. Quizá parezca imposible imaginar una sombra que no se

parezca a la imagen que la produce, pero era así: a este hombre jamás se le reproducía su silueta tal como era, ni siquiera al atardecer, cuando el sol, muy amarillo, vuelve los contornos de las sombras más nítidos y reconocibles. Su sombra, además de no parecer su sombra, cambiaba constantemente de aspecto coincidiendo con sus estados de ánimo. Unas veces tomaba la apariencia de un animal negroísimos; otras, la de una vieja contrahecha o la de un tronco retorcido, y el panamá, entonces, podía representar el perfil de cualquier ser horrible o tenebroso. El hombre empezó a obsesionarse, sentía que la gente lo miraba, que los vecinos murmuraban cuando pasaba, que le volvían el rostro y que lo odiaban. Estaba convencido de que era por su sombra. Dejó de frecuentar las calles a la luz del día, el Casino, la Cofradía de Pescadores, y solo paseaba por la noche por lugares sin farolas, allí donde desaparecen las sombras. Alguien comentó que parecía el amigo de las tinieblas y desde entonces lo llamaron así: Tinieblas. Al cabo de un tiempo, ya nadie recordaba su verdadero nombre.

Tinieblas era rico, inmensamente rico. Poseía una fábrica de pescado donde se hacían conservas, ahumados, salazones. Cuando entraba por la puerta cada mañana, obligaba a apagar todas las luces y dejaba la fábrica en penumbra para que nadie pudiera apreciar la rebeldía y la deformidad de su sombra. Los obreros entonces apenas veían y el esfuerzo de limpiar las espinas del pescado se multiplicaba. Pero nadie se quejaba, porque en la fábrica de Tinieblas estaba prohibido protestar. Y Tinieblas, a medida que pasaba el tiempo, se volvía más huraño, cada vez más solitario. Cierta día decidió dejar el pueblo y compró

la vieja casona de la colina más alta para vivir aislado de todos. Como era tan rico, compró la colina entera. Tenía la secreta esperanza de que el viento, que allí soplaba con fuerza, se llevara volando su sombra y él se libraría de su odiada enemiga para siempre.

Pero no sucedió así. La sombra de Tinieblas siguió con él y siguió siendo rebelde. Tinieblas no sabía qué hacer. Estaba asustado, desesperado, creía volverse loco. En el pueblo vivía un viejo pescador, Zacarías, del que se decía que era sabio. Zacarías bajaba cada mañana al puerto, se sentaba en una sillita baja y arreglaba redes. En realidad no las arreglaba, porque tenía más de cien años y estaba casi ciego, pero era feliz imaginando que aún podía ser útil. Se decía que Zacarías lo sabía todo porque tenía una historia escrita en cada arruga de la cara. Así que Tinieblas decidió acudir al puerto para encontrarse con Zacarías.

–Zacarías –dijo Tinieblas sin quitarse el panamá y sin agacharse; era gordo y alto–, ¿por qué mi sombra es tan desobediente?

Zacarías dejó las redes un momento y miró hacia arriba con sus ojos casi ciegos; no miró a Tinieblas.

–¿Por qué te preocupas tanto por tu sombra? La sombra no existe, solo es la ausencia de luz. Deberías preocuparte por cosas más reales, como, por ejemplo, la situación de los trabajadores de tu factoría. –Se refería a los severos castigos que les imponía, sobre todo a las mujeres, cuando descubría alguna espina en las conservas.

–Déjate de sermones, Zacarías, y dime qué puedo hacer para que mi sombra me obedezca, si es que lo sabes, porque me parece que no eres tan listo como se dice.

Zacarías bajó los ojos y volvió a su tarea con las redes. Estuvo en silencio un instante tan largo que a Tinieblas se le hizo insoportable.

–Los Devoradores de Cerebro provocan el error –dijo al fin–. Guárdate de ellos.

–¿Quiénes? –interrumpimos Telmo y yo a la vez cuando Mamelai llegó a este punto de la historia.

–Eso mismo preguntó Tinieblas: quiénes –dijo ella–, pero no consiguió arrancarle a Zacarías ni una sola palabra más.

–¿Y qué pasó con Tinieblas?

–Después del mensaje de Zacarías, Tinieblas ya no pudo dormir ni trabajar ni vivir. Abandonó la fábrica, esta casa donde ahora estamos nosotros, y se marchó lejos en busca de los Devoradores de Cerebro para que le resolvieran el misterio de su sombra.

–¿Y los encontró? –interrumpí sobrepasado de intriga.

Pero mi hermana ya corría hacia el interior de la casa porque había oído el sonido inconfundible de su teléfono.

La laguna

Aquel mismo día por la tarde, Telmo subió a gatas las escaleras del porche, que estaban salpicadas de arena, y, escondiendo la cara entre los puños, empezó a llorar. Ya no tenía edad de gatear y, por lo tanto, esa manera de desplazarse era infantil e innecesaria. Yo le acababa de arrear un buen sopapo por acercarse más de lo debido a la laguna de la colina, algo que tenía absolutamente prohibido. Porque era una laguna tan turbia que ni se veía el fondo; porque yo no sabía nadar a pesar de mis catorce años y medio, lo que aumentaba mi miedo, y porque un bulto extraño, amoratado y redondo había aparecido de repente por aquellos días en medio del agua, como una cabezota de borracho.

–¡Si vuelvo a verte junto a la piscina –él la llamaba *pistina*–, haré salir al hombre ahogado y te comerá el pito! –le grité con todas mis ganas.

Se echó la mano a la bragueta, espantado. Dijo hipando que solo quería cazar una rana. Yo comprendía su aburri-

miento, que también era el mío, y la longitud inacabable de los días sin escuela.

Cogí a Telmo con una mano, los cubos y las palas con la otra, y bajamos por el camino de la colina hacia la playa. Nuestra hermana, como cada tarde, había desaparecido del mapa.

La banda

A lo lejos, por la playa, venía la tropa de los chicos: Zetazeta, el Bruno y el Benito, Apache, Casimiro Gas..., con la Canuta capitaneando la Banda. A la Canuta, la marimacho del pueblo, le decían la Mocha porque no le hicieron agujeros para los pendientes. Tenía más fuerza y peleaba mejor que cualquier chico de trece o catorce años. Y mejor que muchos de quince y que alguno de dieciséis.

–¡Eh, Vasco! –llamó la Canuta–, ¡*bajá pabajo!*

Se habían detenido a unos cuantos metros de mí, que leía, tirado a lo largo sobre los montículos de la playa, una novela del Coyote, mientras Telmo, en la orilla, hacía hoyos y flanes con la arena. No es que no hubiera oído la voz mandona de la Canuta y tampoco que no supiera que me llamaban el Vasco, pero no contesté.

–¡El nota! –dijo Apache adelantando el pecho–, ¡como que ni nos mira!

La Canuta le retuvo con la manaza extendida.

–¡Quieto, *pisha*! –Caminó ella hacia mí, decidida, estirada dentro de lo posible, pues era chaparra; los demás caminaron detrás–. Vasco –repitió–: *antié* vimos a tu hermana entrando en *ca* la tía Paca.

La tía Paca era una vieja trapichera y poderosa a quien nadie osaba contrariar ni levantar la voz.

–Está buena la Shirley –dijo Casimiro Gas.

–Es raro, tío..., ¿no es raro? –dijo Apache repasándome con una mirada torcida. El final de un cigarrillo (una *chorla* lo llamaba él) le colgaba de la comisura izquierda, como al pedigüeño del pueblo. Yo seguía sin abrir la boca, pero ya no leía. Y eso que el hablar de unos y otros sobre mi hermana era un ruido tan familiar como el sonido del viento.

–¿Qué buscaba en *ca* la tía Paca? –dijo la Canuta.

–Eso, ¿qué buscaba? –preguntaron el Bruno y el Benito, gemelos tan idénticos que hablaban a la vez.

–Espera..., espera..., deja que la Canuta lo adivine... ¿Contrabando? ¿*Medecinas*? Ya sabes que el padre de los gemelos es *municipá*. Si se entera, la enchirona –dijo la Canuta.

–¡A mí qué me contáis! Yo no sé nada –dije incorporándome de un salto. Y nada sabía, era cierto. Sentí haber cerrado la novela sin cuidarme de doblar una esquina como marcapáginas.

–¡Eh, eh! ¡Qué bulla te ha *entrao* de pronto! *Contrimás* tonto te hagas, peor –amenazó la Canuta.

–No nos chivamos si nos traes una cosa de tu hermana –dijo Casimiro tontamente–, algo que huela a la Shirley.

Los otros empezaron a reírse como si graznara o careara una colonia de gansos. El Bruno se golpeaba los

muslos. Apache tosía y reía a la vez, sin que se le cayera por ello la chorla de la comisura izquierda. Yo dije que me olvidaran y llamé a Telmo con intención de marcharnos.

La Canuta me agarró de un brazo. Acercó su cara a la mía, olía a acné toda ella, no solo la cara, y tuve un sentimiento de repulsión.

–*Cusha, pringao*, tú te mueres por ser de los nuestros, no te hagas el chulito que a mí no me la das, que la Canuta está a la que salta. Pero *pa* eso hay que apoquinar. No serás de la Banda hasta que no pases la prueba. Como *to quisqui*. Como cualquiera. La prueba, no lo olvides. Y no estoy hablando de nada que huela a tu hermana.

La Canuta escupió al suelo. Tuvo la finura de cubrir el salivazo con arena. La Canuta pasó de largo en dirección al pueblo. Todos siguieron a la Canuta.

Julia

Al día siguiente me desperté a la hora de siempre, como si hubiera que ir al colegio. En la cama de al lado, Telmo dormía destapado. Estaba desnudo en realidad, solo llevaba puesto el pañal. Un grandísimo meón, pensé con fastidio, porque no cabía duda de que Telmo, a punto de cumplir los cinco años, ya no tenía edad de pañales. Pero mi hermana quitaba importancia al asunto porque hacerse pis por las noches es algo involuntario; un problema, por llamarlo así, que se solucionará solo, con el tiempo: un día nos levantaremos por la mañana y Telmo estará seco y nunca más volverá a necesitar pañal, decía.

Salí de la cama y me acerqué descalzo a la habitación que antes utilizaban mis padres y que ahora ocupaba mi hermana. La cama estaba deshecha, vacía; esa noche *tampoco* había dormido en casa. O a lo mejor no había dormido a secas, ni en casa ni en ninguna otra parte. Como Daniel cuando faltaba algunas noches, y era doloroso en

esos casos percibir la espera de Catalina vigilando desde el porche el camino de la colina por si veía aparecer la luz del automóvil. Una espera que luego, por la mañana, acababa en llanto. Y en alegría y alivio después, cuando mi padre regresaba por fin hacia la hora de comer. Entonces, Catalina nos ignoraba y solo se movía y respiraba para él.

Bajé las escaleras y me dirigí a la cocina. Por costumbre, mientras avanzaba por el pasillo, saltaba a la rayuela sobre las baldosas blancas y negras del suelo: *U-na se-ño-ra gor-daaa, con su som-bre-rooo...* ¿Como una niña?, me pregunté incapaz de darme una respuesta que me resolviera la duda. En la cocina abrí el frigorífico, saqué la botella de leche y bebí. A morro. Me puse a pensar en lo poco que sabía sobre la vida de mi hermana y quise recordar cómo era antes de la ausencia, antes de aquella Navidad y antes del extraño tatuaje. Me habría gustado aceptar que el cambio era solo físico (más delgada ahora, el pelo rapado), pero no podía. El cambio abarcaba más, lamentablemente mucho más.

De pronto, oí la puerta de la calle. Mi hermana acababa de llegar y subía a la planta de arriba sin entrar en la cocina.

–Julia, Julia –la llamé, corriendo a su encuentro.

Ella se detuvo en la mitad de la escalera y nos miramos. Tenía el pintalabios de la boca emborronado y los ojos hinchados, casi cerrados, como los de la gorda de la charcutería del pueblo.

–¡Chist! –dijo mi hermana llevándose el dedo índice a los labios. Sonreía enseñando los dientes, a saber con qué motivo–. No quiero que me llames así, ya lo sabes, hace

mucho que dejé de ser Julia. –Arrastraba las palabras, se le doblaban las piernas, olía a algo que no era de la casa ni de ella. Se me acercó y me acarició la cara–. ¿Dónde está mi chiquitín? ¿Aún no se ha levantado? Subo a verlo.

–¿Fuiste a casa de la tía Paca? –le solté a bocajarro.

–¿Quién te ha contado eso, criatura?

–¿Fuiste o no fuiste?

–Venga, Dani, que estoy cansada.

–¿Qué tenías que hacer allí? Mamá se moriría si lo supiera.

–¡Bueno! ¡Mamá! Mamá no puede verme.

–No quiero que vayas allí, esa vieja es mala.

–¡Mi hombrecito! Claro, te estás haciendo un hombrecito...

–¡Quita!

–El hombrecito de la casa que cuida de mí.

–No te rías, no tiene gracia.

–No me río.

–Estás rara.

–No, solo cansada.

–¿Por qué no has dormido en casa?

–Porque estaba ganando dinero. Mira, mira...

–¿Quién te lo ha dado?

–Dinero, mucho dinero... Te compraré una bici de carreras, Dani. La mejor. Y a Telmo una de cuatro ruedas.

–No quiero una bici de carreras, quiero que duermas en casa.

–Eso es lo que voy a hacer ahora mismo. Anda, dame un beso.

–No. Hueles a otra persona.

–¡Uy! El hombrecito ya no quiere besar a su hermana...

–Cuando huelas a Julia.

–A Julia, ¡tiene gracia! A Julia... –Se reía y movía la cabeza mientras subía la escalera–. ¿Qué olor es ese «de Julia»?

Pero al rato, y aunque mi hermana había cerrado la puerta del dormitorio (y echado el pestillo), la oí llorar. Me dio por pensar en una frase leída en un Coyote; no recordaba el título de la novela, aunque sí recordaba que no la decía el Coyote, sino alguno de los muchos personajes que aparecían en sus novelas: «No le preguntes nunca a un loco por qué comete sus locuras. Las comete porque está loco y son locuras porque las comete un loco».

El hambre

Así que Telmo y yo acabamos por irnos a la playa. Hacía un viento terrible, volaban las sombrillas, los sombreros, la arena se levantaba: un buen día para los cabalgadores de olas, como llamaba Talú a los surfistas. Talú, el amigo de las metáforas, el amigo de Julia.

Nos fuimos andando hasta las rocas, no tanto por resguardarnos del viento como por acercarnos al búnker en ruinas, zona de operaciones de la Banda.

Por aquellos días yo tenía un problema. Bueno, no tenía uno, sino dos. El primero era el hambre constante de comida, un hambre que nunca se me saciaba del todo y que me convertía en un registrador obsesivo del frigorífico de casa, casi siempre vacío. Y aunque protestaba porque Julia no lo llenaba lo suficiente, ella se sacaba la culpa como quien se saca un grano o un zapato:

–Tu hambre voraz se debe a que estás creciendo y al aire del mar, que abre el apetito –decía. Y se quedaba tan ancha.

El otro problema era de relación: no me gustaba la compañía de los chicos de mi edad, siempre dando patadas a una pelota o buscando fotos de chicas, cuanto más mayores e infladas de silicona, mejor. Y, sin embargo, en ese momento yo estaba allí, frente al búnker, buscando algún tipo de aproximación hacia la Banda por mi curiosidad creciente sobre lo que ellos conocían y yo desconocía de mi hermana.

Precisamente en ella estaba pensando cuando la vi caminando hacia nosotros con una bolsa de plástico en la mano. Quise hacerme la ilusión de que iba cargada de comida. Talú la acompañaba con su macuto colgado del hombro donde guardaba cosas personales, la cámara de fotos, todo.

–Bocadillos y refrescos –dijo Julia al llegar, pasándome la bolsa.

–Del chiringuito –dijo Talú–; recién hechos.

Talú era de fuera. Trabajaba en el chiringuito del hostel La Costera y no era el trabajo de su vida, lo decía a todas horas. Acababa de llegar al pueblo, como quien dice, y ya hablaba de marcharse.

–Si no está aquí lo que busco, como vine me iré –decía. Era otra de sus frases.

Me tiré como un ogro a la comida. Telmo era más partidario de los refrescos. Le gustaba tomarlos con pajita y, mira por dónde, a Julia se le habían olvidado las pajitas. Por una tronera del búnker se escapaba un interesante olor a sardinas asadas y el humo de la fogata que siempre hacían ahí dentro los de la Banda. La Canuta, la pirómana del pueblo. Nadie hacía las fogatas como ella, nadie asaba las sardi-

nas como los de la Banda, pero, aunque eso fuera un punto que me atraía de la Banda, yo no estaba allí por las sardinas, sino por lo que más aborrecía de la Banda: la propia Banda.

Mientras se comían las sardinas sentados en la roca sobre la que estaba construido el búnker, toda su atención la concentraban en nosotros. Buen principio para un posible contacto. Positivo, me dije. La Canuta me miraba retardora, y cuando yo la miraba se acercaba al oído de Apache, me señalaba y murmuraba. Positivo también.

Julia fumaba tan tranquila ajena a mis asuntos mientras Talú revisaba su cámara Nikon, grande y llena de accesorios. Talú, el amigo de las imágenes.

–Dime, Julia –dijo a mi hermana sin dejar de inspeccionar la Nikon–, ¿posarás para mí?

–¿Con o sin ropa? –preguntó ella guiñándole un ojo. Yo refunfuñé; no la soportaba cuando se hacía la sexi.

–Me parece que olvidas que solo quiero retratar tu tatuaje.

Talú no era fotógrafo profesional, pero tampoco Julia era modelo, aunque tenía las piernas más largas y bonitas que la mayoría de las chicas del pueblo. O eso se decía en todas partes.

A Talú la luz de la tarde le parecía magnífica. Decía:

–Amarilla e intensa; tiene volumen.

Me pidió que lo ayudara.

–Dani, ven con nosotros, sujétame los accesorios para que no les entre arena. Ni un grano, *please*, ni un solo grano. Cuestan un dineral.

–¿Ahora? –dije con la boca llena.

–Sí, ahora; no quiero desaprovechar esta luz.

Nos fuimos los cuatro hacia las rocas del fondo mientras Talú iba cargándome cacharros: filtros, lentes, objetivos y trípodes. Quedaron los refrescos abiertos y los bocadillos a medio comer, en espera sobre las toallas.

Talú miraba a Julia a través del objetivo; yo miraba a Talú, no lo podía evitar.

Cuando me dejaron regresar, solo, porque Telmo se quedó con ellos, los de la Banda ya no estaban en el búnker. Ahora jugaban al balón muy cerca de nuestras toallas. Los refrescos se habían derramado; los bocadillos estaban rebozados en arena. Me quedé pasmado mirando el estropicio. Entonces, la Canuta hizo un chute y el balón me dio de lleno en el estómago.

El dolor me hizo ahogar un grito.

–¡Pásala, Apache! –o algo así gritaban. Y Apache también chutó y esta vez el balón pasó rozándome la cara.

–No tiene gracia –dije frotándome la raspadura.

El tercer balonazo por muy poco no me tiró al suelo.

–¡Basta! –grité sabiendo que entraba en territorio peligroso–. ¡Cobardes! ¡Sois mayoría! ¡Sois unos cobardes!

Pararon el juego al instante, como cuando suena la campana del colegio, y se colocaron en línea horizontal. Todos: Zetazeta, el Bruno y el Benito, Apache, Casimiro Gas..., con la Canuta de jefa, la Cangreja, como la llamaban las chicas, porque no tenía cuello. Avanzaban a lo matón y poco a poco me rodeaban: ojos malignos, brazos caídos, piernas separadas.

–¡Uy! El Vasco se ha *picao* –empezó uno.

–¿Qué nos has llamado? Repítelo si te atreves, que no nos ha *entrao* bien por el *sentío* –dijo otro.

Respiré. Les dije que los había llamado cobardes. Pero lo dije con la voz tan baja que habría sido un milagro que me oyeran. Solo que los milagros, a veces, existen.

–Podemos canearte de uno en uno si lo prefieres –amenazó Apache, acosando.

–Eso sigue siendo de cobardes –dije yo retrocediendo.

–¡Cobarde es el que pasa de los líos de su hermana, que aquí *to* se comenta y *to* se sabe! –Apache había levantado el vozarrón y me buscaba la boca con sus ojos oscuros y pequeños de piel roja.

–¡Vasco! –gritó la Canuta. Mordía un palillo–. ¡O estás *pa* mí, o contra mí!

¿Tenía miedo? Por supuesto, pero dije:

–¿Y eso qué es? Tradúcemelo, si no te importa.

–¿Que te qué? –La Canuta se sacó el palillo de la boca y escupió–. ¿Tú a mí me ves *faiciones* de tonta? Hablo de la prueba, *atontao*, y es la última vez que te lo digo, que la Canuta no habla *pa* gastar saliva. Si pasas la prueba serás de la Banda, si no la pasas estarás contra mí. ¡Y no hay más *na*! Te lo dice la Canuta.

Y ahora, ¿positivo? Algo me decía que no. Mi hermana me sonreía desde las rocas y saludaba con la mano a «mis nuevos amigos». Ella siempre me animaba a que me integrara en las pandillas del pueblo.

El primer libro de cuentos

Por esos días, Julia contó una cosa que me impactó de lo lindo.

–¿Sabéis cuál fue el peor castigo que recibí de pequeña? Que me quitaran un libro, mi primer libro de cuentos.

–¿Cuántos años tenías?

–Ocho.

–¿Quién lo hizo?

–Papá. Era un libro precioso, ¡me acuerdo tanto de él! He tenido otros libros a lo largo de mi vida, muchos, pero ninguno como ese. Se titulaba *Leyendas casi ciertas de los cinco océanos*, y todas las historias trataban de sirenas, de marinos intrépidos o estaban relacionadas con el mar. Me lo habían traído los Reyes Magos aquel año –explicó mirando a Telmo–. No solo eran preciosos los cuentos, también las ilustraciones lo eran.

–¿Qué hiciste para que papá te lo quitara?

–Me porté mal, según él. Siempre decía que el que la hace, la paga. Creo que quería castigarme de verdad, estaba muy enfadado conmigo.

–¿Fuiste mala como cuando yo me escapé de pequeño y luego no me encontraban? –dijo Telmo.

–Sí, mala; eso es.

–¿No te lo devolvió nunca? –dije yo.

–Jamás lo he vuelto a ver.

–¿Y no se lo pedías?

–Claro que se lo pedía, pero papá decía que lo recuperaría cuando me lo mereciera de nuevo.

–¿Cómo? ¿Sacando buenas notas?

–Por ejemplo. Pero ya sabes, Dani, que siempre he sido una estudiante del montón.

–¿Qué hizo con el libro?

–No lo sé. Supongo que acabaría perdido en alguna mudanza.

–¿Y no podrías comprarlo de nuevo?

–Ya me gustaría y lo he intentado, pero es como si mi ejemplar fuera el único que salió a la venta. No lo conocen en las librerías de libros viejos, he buscado en todas las ferias posibles, no existe ni en Internet. Daría cinco años de mi vida por tenerlo. En él leí historias que no he vuelto a encontrar en ningún otro libro.

–¿Te acuerdas de alguna?

–Claro, de muchas. Y eso que era bien pequeña, pero la mayoría las leí cien millones de veces.

–Cuenta una, venga.

Ahora había hablado Telmo.